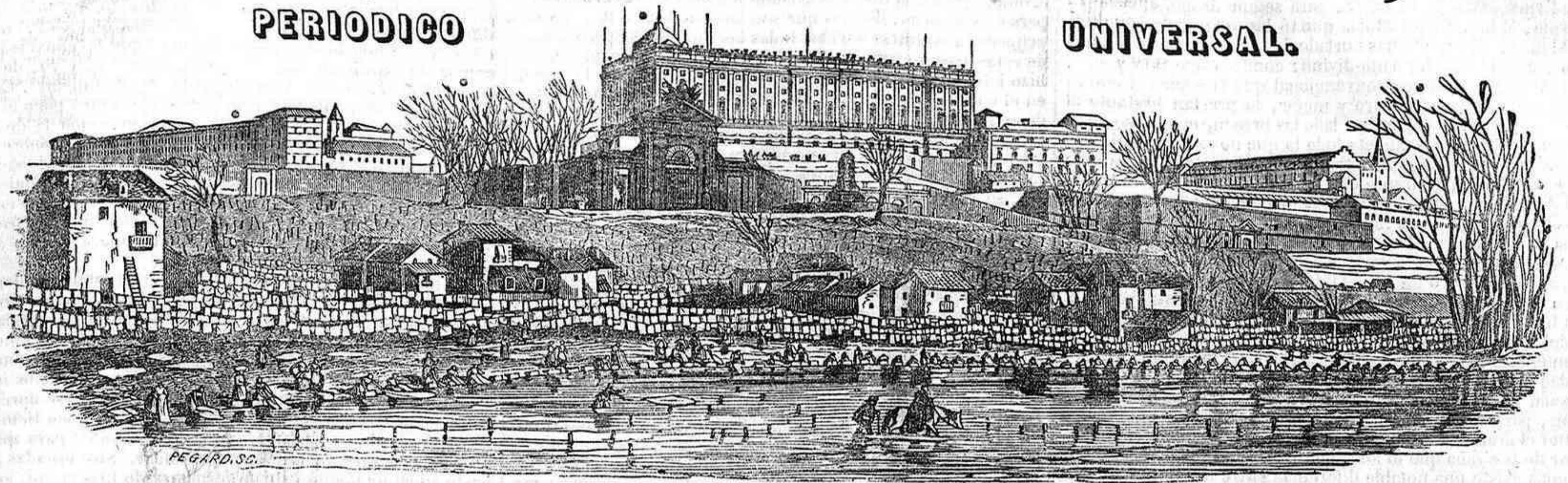


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 8 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 8 rs.

NUM. 32.—SÁBADO 7 DE AGOSTO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

EXPOSICION DE LONDRES.

APLICACION DEL HIERRO AL ARTE DE LA DECORACION.

Sea cual fuere la importancia de los demás ramos de la industria inglesa, no hay otra tan variada en sus aplicaciones, ni tan nacional, como la del hierro.

Veamos pues qué partido han sacado los ingleses de la aplicacion del hierro al arte de la decoracion.

Es indispensable reconocer que los ingleses tienen una habilidad superior para manejar el hierro, supuesto que han conseguido amoldarlo a todas sus exigencias. Falta saber si han permanecido siempre dentro de los límites naturales, empleándolo en usos para los cuales siempre hasta ahora había parecido extraño.

Ellos creen que sí, y han sustituido audazmente el hierro colado al bronce, constituyendo candelabros y chimeneas con magníficas esculturas.

Los ingleses sin embargo no pueden menos de confesar que deben a otras naciones la parte artística de esta industria. Hace tiempo efectivamente que las balastradas para escaleras y las rejas para balcones, se fabrican de hierro colado en el continente, con un gusto y un lujo que excita la admiracion universal. Pero no nos corresponde la iniciativa en la introduccion de este metal en los salones, y como elemento de adorno en sus diferentes departamentos.

Esto consiste en que la hulla no es todavía en el continente el combustible principal, y en que el hierro colado, que conviene particularmente para los adornos de fogones en que se quema la hulla, apareceria pesado y sin gracia, si se emplease en la construccion y arreglo artístico de chimeneas destinadas a consumir leña.

Hace muchos años que en los gabinetes de estudio y en los talleres de Francia, se ven hornos cilindricos de hierro colado para la combustion del carbon mineral, pero no existen chimeneas con el mismo objeto. Algunos de dichos hornos son de gran lujo y producen muy buen efecto.

Creemos, no obstante lo espuesto, que una chimenea de hierro colado es muy fea y favorece muy poco a la elegancia de un salon, sea cual fuere el lujo de los adornos con que el artista la haya enriquecido.

Los ingleses opinan en sentido diametralmente opuesto.

Los prusianos han ido todavía mas lejos, y el hierro de Berlin ha adquirido cierta celebridad, en cuanto a su empleo en objetos de tocador. No hay por cierto quien no conozca las cadenas, los collares, los brazaletes, los broches y los pendientes de Berlin. Preciso es convenir en que estos artículos son muy lindos y de buen gusto, pero se-

mejante aplicacion del hierro colado es puramente accidental y poco normal, porque la delicadeza del trabajo vale mucho mas que la materia empleada. Esta es una de esas conveniencias generales, que se sienten mejor que se esplican, pero desde luego creemos que nuestros lectores nos han comprendido.

Los ingleses han trabajado, de algun tiempo a esta parte, muchos jarrones para jardines, así como banquetas y otras clases de asientos con el mismo destino, y todos de hierro colado. Respecto a este punto se dan la mano con los artistas franceses, pero se nos figura que unos y otros carecen de buen gusto y de criterio al obrar así, pues semejantes adornos nos parecen muy impropios de un jardin, y nada puede justificar su introduccion en él.

El yeso y las tierras crudas y arcillosas, ya sea con relieves y esculturas, ya sin estos adornos, tienen el privilegio de representar este papel para hermosear los jardines: debemos pues dejárselo, bien persuadidos de que el mas sencillo jarron de esta clase lleva inmensas ventajas a los mas preciosos de hierro colado.

Si los artistas aprecian tanto las reglas del buen gusto, si tanto se interesan por los adelantos del arte, ¿por qué se empeñan en sobrecargar sus obras de hierro colado con tantos adornos cincelados? Trabajen al menos esa sustancia con mas sencillez, y podrán darnos aplicaciones mas adecuadas a su naturaleza. Por último, si hemos de emitir con franqueza nuestro parecer, diremos que el hierro colado no tiene hasta ahora mas empleo, que le sea propio y natural, que el de las chimeneas modernas, rejas para balcones, balastradas y otros artículos análogos.

La muestra espuesta por Mr. Vaudré es magnífica. El

conjunto del dibujo es sumamente notable, pero las dos cariátides aparecen mal ajustadas, y se desprenden de las volutas de los ángulos. En cuanto al trofeo musical del centro, no casa bien con los atributos del otoño que dominan en toda la composicion. Por último, los dos ramos de rosas que se sobrepone al relieve de los tímpanos laterales, pertenecen al estilo Pompadour.

Si hemos sido severos al hablar de las aplicaciones del hierro colado, debe tenerse en cuenta que solo obramos así en interés del arte, y por consiguiente de la industria.

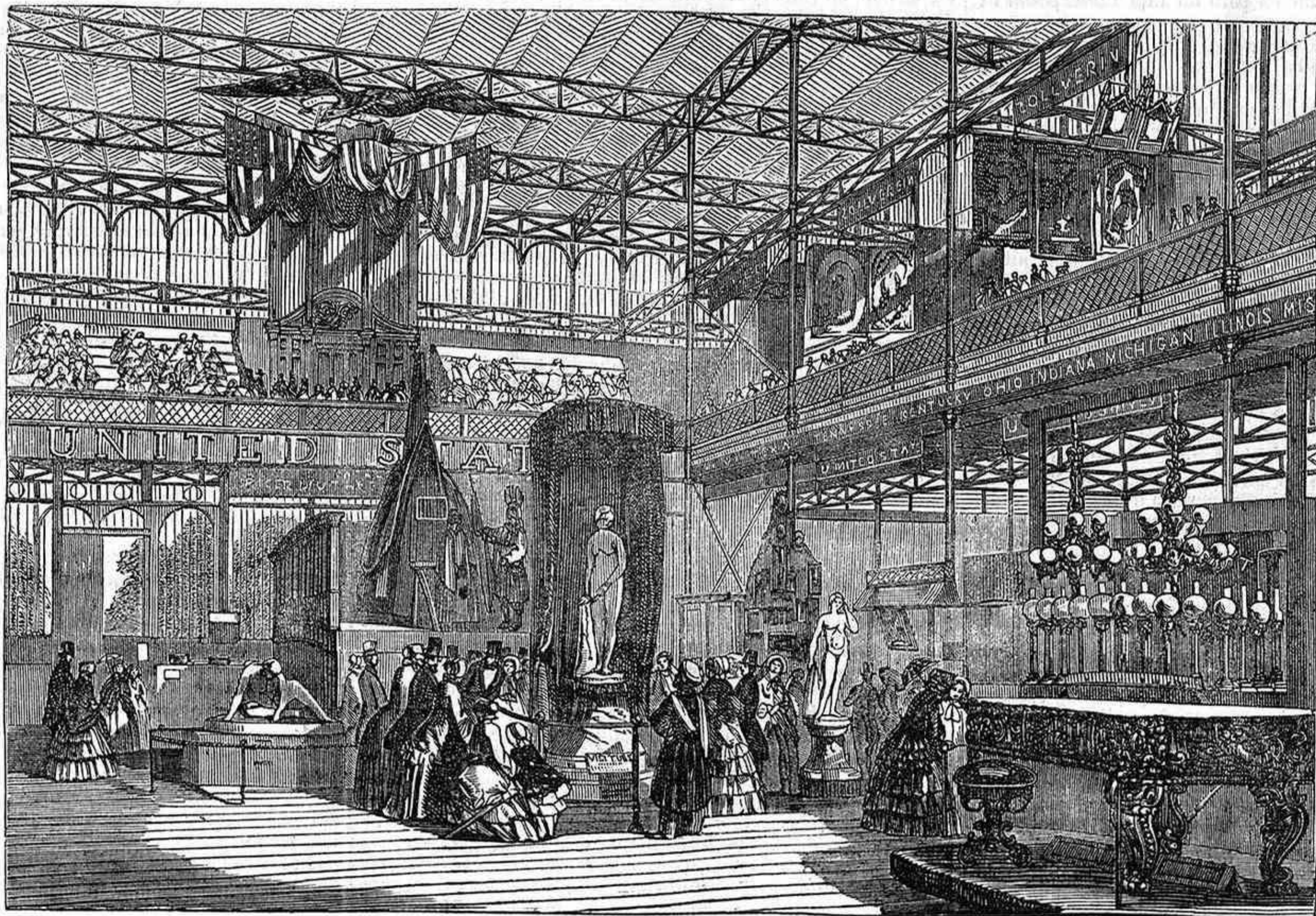
Creemos firmemente que tanto con el hierro colado, como con el mármol y el bronce, deben respetarse las leyes, difíciles, sí, de cumplir; pero seguras por lo mismo, de la conveniencia, de la armonía y del buen gusto.

CARTAS A UN ANGEL.

VI.

CONFUSIONES.

En un período de quince dias se ha obrado en mí un cambio notable, ó al menos me hallo en un período de transicion, y navego sin timon ni brújula por un piélago de confusiones. Unas veces quiero volver al punto de partida, que ahora me parece un golfo rodeado de nebulosos horizontes, pero sosegado y tranquilo, y otras veces quiero lanzarme, como el intrépido Colon, en busca de un nuevo hemisferio. Sin que el mundo tenga a mis ojos nada de bello, nada de noble, nada de grande, confieso que lo veo al través de un prisma muy distinto del que me ha servido otras veces; y aun podria decir con razon que no tengo un prisma determinado; y que el mundo rueda ante mis ojos como un inmenso panorama, cuyos cuadros tienen mas ó menos luz y sombras, mas ó menos fuerte colorido, segun el capricho del pintor. Yo no deberia, por orgullo, trazar estas líneas después de las amenazas que me hiciste en tu última carta, después de la guerra encarnizada, aunque franca, que me declarabas en ella; pero no quiero salvar mi amor propio a espensas de mi lealtad, y hoy menos que nunca disfrazaré las sensaciones que me agiten, aunque tenga que aparecer el mas inconstante, el mas débil, y aun el mas estúpido de todos los seres vivientes. Esta franca declaracion, esta decision generosa, no temo calificarla así, aumentará el número de esas buenas cualidades que tienes la bondad de reconocer entre mis grandísimos defectos, y será una especie de penitencia anticipada que me impongo por las altas que pueda co-



Departamento de los Estados Unidos.

me impongo por las altas que pueda co-

bre desconocido enteramente para él, con un puñal muy largo pendiente de su cinturón, y el rostro muy descompuesto. Entonces Ruthwen cerró la puerta impetuosamente, se caló el sombrero, y arrancando el puñal á este hombre y amagando con él al rey, juró con una horrible blasfemia que si S. M. gritaba ó abría la ventana, sepultaría el puñal en su corazón.

Luego añadió clavando en el rey sus ojos centellantes: —Debeis someteros á que os trate como me acomode, porque estoy convencido de que pesa sobre vuestra conciencia la muerte de mi padre.

Como es de suponer, un cambio tan repentino de lenguaje y de modales sorprendió al rey sobremanera. Como no podía humanamente rechazar la fuerza con la fuerza, porque no llevaba consigo mas que su trompa de caza; comprendió, aunque tarde, lo absurdo de su empresa y el peligro de su situación presente.

Ruthwen por su parte tenía no solamente ceñida la espada, sino el puñal en la mano, y parecía que estaba dominado por una convulsión nerviosa que se descubría en sus ojos vagos y en el sudor frío que inundaba su frente, empapando sus cabellos y hasta su barba.

Pensó Jacobo que debía defender su vida con buenas razones, y como estaba dotado de una facundia que sus aduladores llamaban elocuencia, pudo coordinar sus ideas rápidamente. Comenzó por demostrar en detalle el horror del crimen que se comete vertiendo la sangre de un prójimo; aseguró á Ruthwen que el que iba á cometer no quedaria sin venganza, porque el Dios de las alturas le había concedido hijos y vasallos fieles; y porque á falta de estos, Dios mismo se encargaria de castigar el atentado.

—En cuanto á vuestro padre (1), continuó el rey, yo era menor de edad cuando murió, y murió á manos de la ley. Mi conciencia, pues, no me remuerde. A vos mismo apelo. ¿No me debe vuestra casa gratitud? ¿no he restablecido á vuestro hermano en la posesion de sus títulos y de sus bienes? ¿no he educado á tres hermanas vuestras? ¿no las tengo al lado de mi querida esposa la reina? Yo os prometo, por último, que si me dejais libre, á nadie revelaré vuestra osadía y no os castigaré nunca.

El calor con que defendió el monarca su vida destruyó la energía de Ruthwen. Quijóse el sombrero, y juró que el rey estaba seguro si consentia en no armar ruido ni pedir socorro, hasta que él avisase al conde de su hermano.

—¿Qué me quiere el conde? preguntó vivamente el rey.

—El mismo os lo dirá, respondió Ruthwen.

Y abriendo la puerta mandó al sicario que custodiase al rey hasta su vuelta, so pena de la vida.

Después añadió dirigiéndose á Jacobo:

—Resignaos, señor, á ser su prisionero.

Tras estas palabras salió del gabinete, oyéndose el rumor de la triple cerradura de la puerta gótica de encima labrada que separaba esta habitación de la llamada de los ciervos, por las cornamentas de venados que se veían colgadas en las paredes.

Habiendo quedado solo con el hombre del puñal le preguntó Jacobo si queria ser su asesino.

—¡Yo señor! respondió el desdichado todo trémulo; preferiria matarme yo mismo á poner mis sacrilegas manos en V. M. Señor, añadió en voz baja, los Gowries son muy malvados; han jurado vuestra pérdida y me han obligado con pistola en la mano á venir aquí.

Estas palabras no eran propias para tranquilizar al rey; entonces conoció la estension del peligro y decidióse á vender cara su vida.

En tanto que Jacobo estaba en esta crítica situación, las personas de su comitiva, con las que se encontraba el conde Gowries, empezaban á levantarse de la mesa y se disponian á ceñirse sus espadas y á ponerse las capas, cuando un criado del conde entró con precipitacion y dijo que el rey estaba ya á caballo y se dirigia á Fall Kland. El conde repitió el aviso que acababa de dar el criado, y todo el mundo se levantó precipitado y se agruparon hacia la puerta; pero habiendo preguntado al portero uno de los oficiales de Jacobo si era verdad que había salido el monarca, dijo que no había marchado.

—Embustero! exclamó Gowries, echando al desdichado por-

(1) Lord Ruthwen, conde de Gowries, padre de Alejandro y del conde Gowries, fué con efecto condenado á muerte y decapitado durante la minoría de Jacobo VI, por crímenes de alta traición, de concusion y de actos de inaudita barbarie con sus vasallos.

tero una furiosa mirada: te engañas y quieres engañar á estos señores!

Pero arrepiñéndose casi al instante de su indiscreta cólera, se volvió Gowries hacia el duque y el conde de Marr, y les dijo: —No se puede creer en lo que este hombre dice, que es un borracho y aturdido; voy por mí mismo á asegurarme de la verdad, y vendré á daros cuenta.

Diciendo estas palabras, subió la escalera y bajó pocos momentos después.

—Puedo asegurar, señores, les dijo, que el rey ha salido por la puerta trasera, y que si no nos damos prisa no le alcanzaremos.

Pidió su caballo y todos los cortesanos le imitaron, y se prepararon á marchar, con deseos de devorar el espacio.

En los complots mejor combinados y mas artífciosamente preparados hay una laguna imprevista, una solución de continuidad imperceptible. Es, propiamente hablando, el rincón de la Providencia.

La cabalgata pasó por debajo de una de las ventanas del gabinete en que se hallaba el rey con Ruthwen, que acababa de volver y que gritaba como un energúmeno, sujetando al rey por el cuello de su gaban:

«Vas á morir sin remedio.» Y jurando que lo iba á atar, trataba de hacerlo. A esta palabra de atar, Jacobo contestó que había nacido libre y monarca, y queria morir como tal. Ruthwen quiso entonces tomar su espada con la mano derecha; pero el rey asió la espada, y con la mano izquierda sujetó á Ruthwen por la garganta, mientras trataba de introducir los dedos en la boca para que no gritase. En esta posición fué

sin ayudar al traidor, sin tratar de salvar al monarca. En este momento entró el caballero de Ramsay, y mas pronto que un rayo se lanzó á Ruthwen y le dió dos puñaladas en el corazón. Apenas habían llegado algunos otros caballeros de la comitiva, cuando entró Gowries con su casco de acero y espada en la mano. Jacobo, á vista de este traidor, quiso apoderarse de la espada de Ruthwen y combatir como soldado; pero los criados del conde le cogieron y le empujaron hasta la puerta del gabinete, cuya puerta cerraron.

Entonces comenzó el combate, combate sin duelo, combate salvaje, en que los campeones no tenían mas que un pequeño espacio para moverse; pero la cólera y la indignacion habían triplicado las fuerzas de los amigos del rey, y á pesar de la inferioridad del número, pues eran cuatro contra ocho, no dudaron un instante en atacar. El valiente Ramsay se dirigió al conde de Gowries, y aunque este le había hecho una ancha herida en el brazo izquierdo, le atravesó el corazón con su espada como había hecho con Ruthwen. De los siete escuderos que le habían acompañado, tres cayeron muertos, y los otros cuatro, cubiertos de heridas, huyeron y desaparecieron en los tortuosos callejones del castillo.

Casi en el momento en que el traidor Gowries caía á los golpes de Ramsay, el conde Marr y Lennox por otra parte echaban al suelo la puerta y libraban al rey.

Jacobo, libre por una especie de milagro de tan inminente peligro, se arrojó y dió gracias á la Divina Providencia de haber salvado la vida. Después, volviéndose hacia los que acababan de darle tan leal y precioso testimonio de su fidelidad y valor, les dijo:

—Milores y señores, jamás olvidaré el servicio que acabais de hacerme. Confieso que me he conducido hoy menos como príncipe prudente, que como crédulo alquimista: esta aventura sirve para manifestar á la Escocia y á la Europa entera vuestra lealtad y vuestro indomable valor, y yo la miraré como digna de ocupar una página en la historia de este país. Este día ha sido bueno para todos. Yo he recibido una lección de que prometo aprovecharme, y vosotros habeis conquistado una palma bien rara y espléndida, la que da el honor á la fidelidad y á la piedad filial.

Se dice, asegura Mailland, de cuya historia hemos tomado una parte de esta relacion, que habiendo registrado los bolsillos del conde de Gowries, para ver si se encontraban algunos papeles que pudiesen dar alguna luz acerca de la conspiracion, se le encontró un paquetito de pergamino sellado y lleno de caracteres mágicos. Parece que el conde tenía en él toda su confianza, puesto que siempre lo llevaba encima. Este talisman no impidió su muerte, pero se notó que en tanto que le tuvo en el bolsillo no brotó sangre de la herida; pero cuando se le quitaron salió en abundancia.

No discutiremos este hecho, cuya responsabilidad dejamos á Mailland. Todo lo que podemos decir es que los amuletos, los talismanes, los encantamientos y otras drogas son de la supersticiosa Italia, que por aquel entonces emponzoñaba la Europa con sus astrólogos.

Las memorias manuscritas de Buckingham no hablan de esta particularidad; pero el favorito de Jacobo da á entender que las investigaciones hechas en los bolsillos de Gowries y Ruthwen para descubrir el hilo de la conspiracion, no fueron infructuosas. Pero las ramificaciones de este singular atentado se estendian tan lejos y comprometian tantos personajes, que el rey creyó prudente guardar un absoluto silencio sobre esta epígrafe presbiteriana, y se hizo correr la voz de que los Gowries no tenían cómplices, y que no se había encontrado nada que lo hiciera creer.

Una palabra de Jacobo al embajador de Francia dejó entrever algo de la verdad que se queria ocultar.

—Escribid á vuestro señor que no he encontrado el tesoro que se me había prometido, ni la muerte que me habían reservado. Si quisiere saber mas, que se dirija á la reina de Inglaterra.

Cuando tres años después Jacobo VI, rey de Escocia, subió al trono de Inglaterra por muerte de Isabel, su primer cuidado fué mandar que el aniversario de este acontecimiento se celebrase con acciones de gracias: tan profunda era la huella que el día 5 de agosto de 1600 había dejado en el alma de Jacobo, que por este *memorandum* vengaba de un golpe á su madre, á la Escocia y á sí mismo de las persecuciones de Isabel.

TIPOS DE PARIS.



La aguadora.

cuando el rey, dotado de una fuerza muscular poco común, arrastró á Ruthwen hacia la ventana, que casualmente estaba abierta.

Los cortesanos pasaban en este instante bajo las ventanas con el conde de Gowries, como hemos dicho, y oyeron al rey que gritaba: «¡Que me matan! ¡que me matan!» El duque y el conde de Marr reconocieron la voz del príncipe, que Gowries fingió que no había oído. Erskine, primer escudero del rey, y su hermano, se lanzaron entonces sobre el conde, llamándole traidor; pero los criados de Gowries los separaron. En este momento la confusion había llegado á su colmo; los lores de la comitiva del rey se apearon, y se agrupaban para entrar por una pequeña poterna que Erskine había abierto á fuerza de golpes con la culata de su carabina, y en tanto que Gowries y sus criados ganaban á favor del tumulto la escalera secreta, cuya puerta habían tenido la precaucion de dejar entreabierta, se oían las robustas voces de Lennox y el conde de Marr, que decían: «¡Salvemos al rey, señores! ¡salvemos al rey ó perezcamos con él!»

En tanto que esta indescriptible escena de confusion y alarma, pasaba á sus piés, por decirlo así, Jacobo había llevado á Ruthwen hasta la puerta del gabinete que por desuido se había dejado abierta. El rey se había llegado á apoderar de él de tal modo que tenía su cabeza debajo del brazo, y con sus rodillas le sujetaba el cuerpo. En esta postura no solo le impelia vigorosamente hacia la escalera, pero todavia intentaba arrancarle la espada para atravesarle el corazón.

El silencio centinela que Ruthwen había colocado al lado del rey, los seguia paso á paso, pálido y asustado, pero